

primera parte

millie bird

El perro de Millie, *Rambo*, fue su Primera Cosa Muerta. Lo encontró en la cuneta una mañana en que el cielo parecía desplomarse, mientras la niebla giraba como un fantasma alrededor del maltrecho cuerpo del animal. Tenía la mandíbula y los ojos abiertos, como si fuera a soltar un ladrido. Su pata trasera izquierda señalaba en una dirección insólita. La niebla se disipó, se agolparon nubes en el cielo y Millie se preguntó si llovería.

No fue hasta que llevó a *Rambo* a casa, arrastrándolo dentro de su mochila, cuando a su madre se le ocurrió contarle cómo funcionaba el mundo.

—*Rambo* se ha ido a un lugar mejor —le explicó a voz en cuello mientras pasaba el aspirador por el cuarto de estar.

—¿Un lugar mejor?

—¿Qué? Sí, al cielo, cariño, ¿no has oído hablar de él? ¿Es que no te enseñan nada en el maldito colegio? ¡Levanta las piernas! Es el cielo de los perros, donde tienen unas galletitas para perros eternas y pueden hacer popó donde quieran. Vale, ya puedes bajar las piernas. ¡Que las bajes! Y el popó que hacen, creo, son galletitas para perros, o sea que se pasan el rato haciendo popó y comiendo galletitas para perros y correteando de un lado a otro y comiendo el popó de otros perros. Que en realidad son galletitas para perros.

Millie se detuvo un momento a reflexionar.

—Entonces, ¿por qué pierden el tiempo aquí abajo?

—¿Qué? Bueno, tienen que ganárselo. Tienen que quedarse aquí hasta obtener los votos suficientes para ir a un lugar mejor. Como un *Supervivientes*, pero para perros.

—¿Así que *Rambo* está ahora en otro planeta?

—Bueno, sí. Más o menos. O sea... ¿De veras no has oído hablar del cielo? ¿No te han contado que Dios está sentado en las nubes y Satanás está bajo tierra y todo eso?

—¿Puedo ir al nuevo planeta donde está *Rambo*?

Su madre apagó el aspirador y miró a Millie directamente a los ojos.

—Sólo si tienes una nave espacial. ¿Tienes una nave espacial? Millie fijó la vista en sus pies.

—No.

—Entonces no puedes ir al planeta donde está *Rambo*.

Días más tarde, Millie descubrió que *Rambo* no se encontraba en un nuevo planeta, sino que, en realidad, estaba en el jardín trasero de su casa, enterrado a medias debajo del *Sunday Times*. Millie levantó con cuidado el periódico y vio a *Rambo*, pero no al *Rambo* que conocía, sino a un *Rambo* encogido, medio devorado por los bichos y en estado de descomposición. A partir de ese día Millie salía cada noche a hurtadillas de la casa, para estar junto a él mientras el cuerpo del animal pasaba de ser algo a no ser nada.

Su Segunda Cosa Muerta fue el señor mayor que cruzaba la calle. Cuando el coche lo atropelló, lo vio salir volando por el aire y le pareció que sonreía. Su sombrero aterrizó sobre la señal de ceda el paso y su bastón bailó alrededor de la farola. Luego el cuerpo del señor se estrelló contra el bordillo. Millie se abrió paso entre las piernas y exclamaciones de la gente para arrodillarse junto al rostro del anciano. Le miró a los ojos. Él le devolvió la mirada como si fuera tan sólo un dibujo. Millie le pasó los dedos sobre sus arrugas y se preguntó para qué le debían de haber servido.

Entonces alguien la tomó en brazos y la apartó del anciano diciéndole que se tapara los ojos, porque era «una niña». Y cuando Millie echó a andar hacia su casa por el camino más largo, pensó que había llegado el momento de preguntar a su padre por el Cielo de las Personas.

—Verás, Pequeñaja, están el cielo y el infierno. El infierno es el lugar al que envían a las personas malas, como los delincuentes, los estafadores y los vigilantes de estacionamiento. Y el cielo es el lugar al que envían a las personas buenas, como tú y como yo y como esa rubia tan mona de *Masterchef*.

—¿Y qué ocurre cuando llegas allí?

—En el cielo estás con Dios y con Jimi Hendrix, y puedes comerte un donut cuando te apetezca. En el infierno tienes que... esto... bailar la *Macarena*. Para siempre. Al ritmo de *Grease Megamix*.

—¿Y adónde vas si eres medio buena y medio mala?

—¿Qué? Ah, pues no sé. ¿A Ikea, quizá?

—¿Me ayudarás a construir una nave espacial?

—Un momento, Pequeñaja. ¿Podemos terminar de hablar de esto cuando vuelvan a poner anuncios en la tele?

Millie se dio cuenta enseguida de que todo se moría a su alrededor. Bichos, naranjas, abetos navideños, casas, buzones, viajes en tren, rotuladores, velas, personas mayores y jóvenes y de edad intermedia. No podía saber que, después de tomar nota de veintisiete criaturas diversas en su Libro de Cosas Muertas —la Araña, el Pájaro, su Abuela, y *Gertrude*, la gata de la casa de al lado, entre otras—, su padre también se convertiría en una Cosa Muerta. Que ella anotaría junto al número veintiocho, con unas letras tan grandes que ocupaban dos páginas: MI PAPÁ. Que, durante un tiempo, no sabría qué hacer aparte de contemplar esas letras hasta que ya no recordaba lo que significaban. Que lo haría a la luz de una linterna, sentada en el pasillo frente al dormitorio de sus padres, escuchando a su madre fingir que dormía.

el primer día de espera

Cuando jugaba a Une Los Puntos, Millie siempre era el Punto Uno, su madre, el Punto Dos, y su padre, el Punto Tres. La línea surgía de lo más profundo de la barriga del Punto Uno, se enrollaba alrededor del Punto Dos y el Punto Tres —que por lo general estaban mirando la tele— y retrocedía, formando un triángulo. Millie correteaba alrededor de la casa, con el pelo rojo agitándose en torno a su cabeza, mientras el triángulo entre ellos giraba alrededor de los muebles. Cuando su madre decía: «¿Quieres dejar de hacer eso, Millicent?»», el triángulo soltaba un rugido y se convertía en un gigantesco dinosaurio. Cuando su padre decía: «Siéntate a mi lado, Pequeñaja», el triángulo se convertía en un enorme corazón que latía. «Ba-bum. Ba-bum», murmuraba ella, tratando de brincar al ritmo de sus latidos. Se sentaba en el sofá entre el Punto Dos y el Punto Tres. El Punto Tres tomaba la mano del Punto Dos y le guiñaba el ojo. Las imágenes parpadeantes de la tele iluminaban el rostro del Punto Tres en la oscuridad. «Ba-bum. Ba-bum. Ba-bum.»

El Primer Día de Espera, Millie está donde le ha dicho su madre. Junto al departamento de Lencería de Tallas Gigantes, frente al maniquí que luce una camisa hawaiana. «Vuelvo enseguida», dice su madre, y Millie la cree. El Punto Dos lleva unos zapatos dorados, los que hacen que sus pasos suenen como explosiones. Se dirige hacia los perfumes —*¡Cabum!*—, pasa frente a la ropa de hombre —*¡Cababum!*— y desaparece: *¡CATABUM!* La línea entre el Punto Uno y el Punto Dos se tuerce y tensa, y Millie observa que se hace cada vez más fina, hasta quedar reducida a una rayita en el aire.

«Ba-bum. Ba-bum. Ba-bum.»

A partir de ese momento Millie llevará siempre grabada en su mente esta imagen de su madre haciéndose cada vez más peque-

ña. Y volverá a verla en su mente otras veces a lo largo de su vida. Cuando alguien diga en una película: «Vuelvo enseguida». Cuando, cumplidos los cuarenta, Millie mire sus manos y no las reconozca como suyas. Cuando se le ocurra una pregunta estúpida y no sepa a quién hacérsela. Cuando lllore. Cuando ría. Cuando confíe en algo. Cada vez que vea el sol desaparecer en el agua se sentirá algo asustada y no sabrá por qué. Las puertas automáticas de los centros comerciales siempre le producirán ansiedad. Cuando un chico la toque por primera vez como es debido, Millie se imaginará que desaparece en el horizonte, muy lejos, fuera de su alcance.

Pero Millie aún no sabe nada de esto.

Lo que sabe, en estos momentos, es que las piernas le duelen de estar de pie. Se quita la mochila y se sienta debajo de un perchero en el departamento de Lencería de Tallas Gigantes. Su madre le ha explicado que algunas mujeres no alcanzan a ver sus partes íntimas porque comen pollo frito por un tubo. Puede que estas bragas sean para ellas. Millie nunca ha visto que vendan pollos en tubos.

—Pero espero verlo —dice en voz alta, tocando las bragas suavemente—. Algún día.

Se siente a gusto allí, debajo de esas bragas gigantes, que cuelgan alrededor de su cabeza, tan cerca de su rostro que respira sobre ellas. Abre su mochila y saca un *brik* de zumo congelado que su madre ha metido en ella. Lo sorbe con una pajita. En los espacios entre las bragas observa los pies que pasan frente a ella. Algunos se dirigen a un lugar determinado, otros van y vienen sin rumbo fijo, algunos bailan, otros brincan, otros caminan arrastrándose, otros crujen. Pies diminutos, grandes, medianos. Zapatillas deportivas, tacones altos, sandalias. Zapatos rojos, zapatos negros, zapatos verdes. Pero no ve zapatos dorados. No oye pasos que suenen como explosiones.

Ante ella pasan unas botas de goma de un azul vivo. Millie baja la vista y mira las suyas.

—Sabía que tendríais envidia —les dice—. Pero debemos quedarnos aquí. Lo ha dicho mamá.

Estira el cuello y observa las botas de goma que caminan alegremente por el pasillo hacia el departamento de juguetes.

—Vale —dice Millie. Saca su Libro de Cosas Muertas de la mochila, arranca una hoja de papel, escribe en ella: «Para Mamá. Vuelvo enseguida», la dobla por la mitad y la deposita en el suelo donde su madre le había indicado que se quedara.

Saca sus botas de goma a pasear. Sube y baja una y otra vez por las escaleras mecánicas, al principio andando, luego saltando, brincando, y saludando con la mano como la reina. Se sienta en lo alto y observa como los escalones se engullen a sí mismos.

—¿Qué pasaría si los escalones no se aplanaran a tiempo? —pregunta a sus botas de goma. Imagina que los escalones se desprenden de la escalera mecánica y se desparraman por los pasillos. Trata de establecer contacto visual con todas las personas que pasan frente a ella, y cada vez que lo consigue, el aire salta ante ella como las películas antiguas que su madre ve en la tele. Juega al escondite con un niño que no sabe que está jugando con ella. Cuando Millie le informa que ha descubierto dónde está escondido, él responde preguntándole por qué tiene «el pelo así», trazando unas espirales con el índice.

—Son bailarinas —contesta ella—. Por la noche saltan de mi cabeza y bailan para mí.

—*Pff* —dice el niño, arrojando una Barbie contra un Transformer al tiempo que emite un sonido explosivo con la boca llena de saliva.

Millie se sienta en el suelo en el probador de mujeres.

—Sé dónde venden braguitas —dice a una mujer que no cesa de girar delante de un espejo como si tratara de atornillarse en el suelo.

—Perdona, ¿quién eres? —pregunta la mujer.

Millie se encoge de hombros. Dos señoras hablan detrás de la puerta de uno de los cubículos. Millie ve sus pies a través de la

rendija entre la puerta y el suelo. Unos pies desnudos y unas botas Ugg relucientes. «No te ofendas —parecen decir las botas Ugg—, pero ¿crees de verdad que el color coral te favorece?» Los dedos de los pies desnudos se encogen. «Creí que era rosa», parecen responder.

Millie espera con los hombres que esperan, que aguardan sentados en unas sillas frente a los probadores, que esperan a las mujeres, mirando por encima de bolsos y bolsas de la compra como animales asustados. Las paredes cercanas están cubiertas de enormes fotografías de chicas en ropa interior que ríen y se abrazan. Los hombres que esperan las miran a hurtadillas. A Millie se le ocurre que quizá las prendas interiores gigantes sean para esas chicas gigantes.

Se sienta en una silla junto a un hombre calvo que se muerde las uñas.

—¿Ha visto alguna vez que vendan pollos en un tubo? —le pregunta.

El hombre apoya la mano en la rodilla y la mira de soslayo.

—Estoy esperando a mi esposa, niña —contesta.

Millie se coloca debajo de los secamanos automáticos de los lavabos porque le gusta sentir el aire que agita su cabello, como si asomara la cabeza por la ventanilla de un coche cuando circulan por la autovía, o como si fuera Superman, volando alrededor de la tierra. ¿Cómo sabe un secamanos automático que ha de ponerse en marcha cuando extiendes las manos debajo de él? Es sorprendente, pero las mujeres en el lavabo no se fijan en eso, sino que se miran, aterrorizadas, en el espejo, tratando de averiguar por qué tienen tan mal aspecto antes de que se percaten los demás.

Sentada detrás de las plantas a la entrada de la cafetería de los grandes almacenes, Millie observa el humo que brota de las tazas de café. El hombre que se parece a Papá Noel y la mujer con las mejillas muy coloradas se inclinan sobre sus tazas de café, mirándose a los ojos. No dicen nada, pero el humo de sus cafés se besa y danza alrededor de sus rostros y sobre sus cabezas. Otro hombre come evitando mirar a su esposa y el humo de su café traza

unas cenefas preciosas en el aire. Millie nunca ha visto unas formas como esas. ¿Quedan otras formas por inventar? La mujer cuyos hijos no paran de berrear tiene un café que inspira y espira, emitiendo prolongados y cansinos suspiros.

En una esquina hay un hombre que tiene la cara como la corteza de un árbol. Lleva unos tirantes rojos y un traje de color morado, y sujeta su taza de café con ambas manos, como para impedir que salga volando. Una mosca aterriza sobre una planta frente a Millie. «¿Y si todo pudiera volar?», murmura a sus botas de goma mientras observa a la mosca que salta de hoja en hoja. La comida te entraría volando en la boca y el cielo estaría cubierto de árboles y las calles cambiarían de sitio, aunque algunas personas se marearían y los aviones ya no serían tan especiales.

El hombre que tiene la cara como la corteza de un árbol sopla sobre su café con tanta fuerza que el líquido se derrama sobre el borde de la taza y el humo se divide en dos partes. Una se proyecta hacia delante y la otra hacia arriba. El hombre fija la vista en la taza durante unos instantes, luego vuelve a soplar sobre el café.

Al cabo de unos momentos se pone de pie. Apoya ambas manos en la mesa y hace un esfuerzo para levantarse. Al pasar frente a ella, Millie trata de establecer contacto visual con él, pero el hombre no levanta los ojos. La mosca lo sigue, zumbando alrededor de su cuerpo. El hombre extiende una mano y la aplasta contra su muslo. La mosca cae al suelo.

Millie se arrastra a gatas hacia la mosca y la toma en la palma de la mano. La acerca a su rostro, cierra la palma y se levanta para observar al hombre que tiene la cara como la corteza de un árbol, que se aleja de la cafetería y sale por la puerta principal.

Millie localiza su mochila debajo del perchero en el departamento de Lencería de Tallas Gigantes. Saca su tarro de cristal Por Si Acaso, lo coloca entre sus rodillas, desenrosca la tapa y mete la mosca dentro del tarro. Vuelve a taponarlo y saca su Libro de Cosas Muertas, junto con sus rotuladores. «Número 29 —escribe—. Una mosca de los grandes almacenes». Observa la palabra PAPÁ

escrita con grandes letras invertidas que se transparentan en el papel. Tamborilea con los rotuladores sobre sus botas de goma. Toma el tarro de cristal y se lo acerca al rostro. En el espacio entre las prendas interiores ve que el maniquí la mira desde el otro lado del pasillo. Lleva una camisa de color azul vivo con unas palmeras estampadas. Sus ojos parecen inmensos a través del cristal, como si estuvieran a pocos centímetros del rostro de Millie, que mueve unas bragas para ver sólo las rodillas del maniquí.

Sujeta el tarro de cristal mientras pasa toda la tarde mirando a un lado y a otro por si ve unos zapatos dorados. Y cuando la tarde da paso a la noche, y se cierra la última puerta, y todo se oscurece —el aire, el sonido, la tierra—, Millie tiene la sensación de que el mundo entero se cierra. Oprime la cara contra la ventana, ahueca las manos alrededor de los ojos y observa a las personas que se dirigen a sus respectivos coches con otras personas, con maridos y esposas y novias y novios e hijos y abuelas e hijas y padres y madres. Y todos, absolutamente todos, se van en sus coches, hasta que el aparcamiento se queda tan vacío que hace que a Millie le escuezan los ojos. Se sienta de nuevo debajo del perchero en el departamento de Lencería de Tallas Gigantes y saca un sándwich de su mochila. Mientras se lo come, observa al maniquí a través del hueco que queda entre las prendas interiores, y el maniquí la observa a ella.

—Hola —murmura Millie. El único otro sonido que se oye es el zumbido de las luces en los aparadores.

el segundo día de espera

Millie solía pensar que, se durmiera donde se durmiera, siempre se despertaría en su cama. Se quedaba dormida en la mesa, en el suelo de la casa de los vecinos, en la atracción en la feria, y cuando se despertaba yacía debajo de las mantas de su cama, con la vista fija en el techo de su cuarto. Pero una noche se despertó

mientras la llevaban del coche a la casa. Miró a su padre con ojos entrecerrados. «Así que eras tú», murmuró contra su hombro.

El Segundo Día de Espera, Millie se despierta al oír el sonido de unos tacones altos que se acercan. Durante la noche ha procurado instalarse lo más cómodamente posible, y sus pies asoman debajo del perchero. Encoge las piernas contra su pecho, las rodea con los brazos y contiene el aliento, observando cómo los tacones altos pasan frente a ella. *Clic clac, clic clac, clic clac*. Son negros y relucientes, y en la punta asoman unos dedos con las uñas pintadas de rojo parecidos a unas mariquitas que trataran de introducirse dentro de los zapatos.

¿Por qué la ha dejado su madre toda la noche debajo del perchero de prendas interiores?

Millie se lleva las manos a la barriga y mira a través del hueco entre las bragas. Sabe el posible motivo por el que su madre la ha dejado allí, pero no quiere pensar en ello, de modo que no lo hace. El maniquí sigue mirándola. Ella lo saluda con la mano. Es un saludo cauto, cerrando los dedos uno tras otro hasta sostenerlos en un puño. No está segura de querer ser su amiga. Se pone sus botas de goma, sale de debajo de la ropa interior y mira el letrerito que pegó anoche en el perchero.

AQUÍ, MAMÁ

Lo arranca, lo dobla y lo guarda en su mochila. El hombre que tiene la cara como la corteza de un árbol se dirige hacia ella. Avanza por el pasillo arrastrando los pies, pasa ante ella y entra en la cafetería. Millie lo sigue, observándolo desde detrás de unas plantas de interior. El hombre se sienta como si le doliera algo y fija la vista en su café. Millie se le acerca y apoya la mano en la suya.

—¿Has visto alguna vez que vendan pollos en un tubo? —pregunta.

El hombre mira la mano de Millie apoyada en la suya y luego su rostro.

—Sí —responde, retirando la mano de la suya y tamborileando con los dedos sobre la mesa.

—¿Y qué? —pregunta Millie, sentándose en la silla frente a él—. ¿Qué aspecto tienen?

—Ya puedes imaginártelo —contesta él.

Millie se muerde el labio inferior.

—¿Conoces a muchas personas que estén muertas? —pregunta.

—Todas lo están —dice él, mirando su café.

—¿Todas?

—Sí. ¿Conoces tú a muchas? —pregunta el hombre, sin dejar de tamborilear con los dedos en la mesa.

—Sí. Conozco veintinueve Cosas Muertas —responde Millie.

—Son muchas.

—Sí.

El hombre se inclina hacia delante en su silla.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta.

Millie cruza los brazos.

—¿Y tú?

—Yo te lo he preguntado primero.

—Digámoslo al mismo tiempo.

—Ochenta y siete.

—Siete.

El hombre se reclina en su silla.

—¿Siete?

Millie asiente con la cabeza.

—Y medio. Casi ocho.

—Eres muy pequeña.

—Tú eres muy mayor.

Los hoyuelos en las mejillas del anciano empiezan a desper-tarse.

—Tus botas son del mismo color que mis tirantes —dice, tocándose los.

—¿Por qué tamborileas con los dedos cuando hablas?

—No tamborileo —responde el hombre—. Escribo a máquina.

—¿Qué escribes?

—Todo lo que digo.

—¿Todo lo que dices?

—Todo lo que digo.

—¿Y lo que digo yo?

—Eso no.

—¿Vas a comértelo? —pregunta Millie señalando un bollo.

El hombre le acerca el plato.

Millie se lleva el bollo a la boca.

—¿Por qué no te bebes el café? —pregunta la niña, con la boca llena, y le acerca la taza de café.

—No me apetece —contesta el hombre, rechazándola.

Millie rodea la taza con sus manos y se inclina sobre ella, sintiendo el vapor que emana debajo de su barbilla.

—¿Por qué lo has pedido?

—Me gusta tener algo en que apoyar las manos.

Millie sonrío.

—Ah. —Apoya los pies en la silla y la barbilla en sus rodillas. Observa una larga hilera de cuadraditos de plástico dispuestos sobre la mesa, aproximadamente del tamaño de las yemas de sus dedos—. ¿Qué son?

El hombre se encoge de hombros.

—¿No lo sabes?

El anciano vuelve a encogerse de hombros.

Millie se inclina sobre la mesa.

—Son teclas de ordenador —dice—. Como las de los teclados del colegio. —Cruza los brazos—. Pero no están en un teclado.

—Ya —dice él.

—O sea que lo sabes —dice ella.

—Son guiones. De distintos teclados. —El hombre se inclina hacia delante en su silla—. ¿Sabes lo que es un guión?

—Más o menos.

—Los colocas entre dos palabras para formar una.

—¿Como qué?

—Como... —El hombre reflexiona unos momentos.

—¿Triste-alegre? —pregunta Millie.

—No.

—¿Hambre-sed?

—No —repite el hombre—. Como kilómetro-hora. O teórico-práctico.

—Pero no triste-alegre.

—No.

—Ni hambre-sed.

—No.

—¿Por qué tienes tantos? —Hay una larga hilera de guiones colocados uno tras otro en línea recta.

—Los colecciono.

—¿Por qué?

—Algo hay que coleccionar.

Millie piensa en su Libro de Cosas Muertas.

—Yo colecciono Cosas Muertas —dice.

El hombre asiente con la cabeza.

Ella le sostiene la mirada mientras alarga el índice y mueve una de las teclas, apartándola de la hilera. La tecla queda separada del resto formando un ángulo como si estuviera a mitad de una voltereta. El hombre que tiene la cara como la corteza de un árbol no mueve un músculo.

—También se colocan entre números —prosigue Millie—. No sólo entre palabras.

Mueve otra tecla, que se desliza sobre la mesa, deteniéndose en el borde. El hombre contiene el aliento mientras la observa bambolearse antes de caer sobre sus rodillas.

—No hagas eso —dice, tomando la tecla y colocándola de nuevo en la hilera.

—¿De dónde las has sacado?

—Las he tomado prestadas.

—¿De quién? —Millie se fija en un destornillador que asoma por el bolsillo de la chaqueta del anciano.

Éste apoya una mano sobre el destornillador, para que Millie no lo vea.

—Nadie sospecha nunca de los viejos —dice, esbozando una media sonrisa—. Es como si fuéramos invisibles.

—¿Cómo te llamas?

—Karl, el Mecnógrafo al Tacto. ¿Y tú?

—Millie a secas.

—¿Dónde está tu madre, Millie?

—Ahora viene. Lleva zapatos dorados. —Cuando dice «zapatos dorados», Millie siente un tirón del Punto Dos y se lleva las manos a la barriga. Se rebulle en la silla y deposita el tarro de cristal que contiene la mosca en la mesa.

—Ayer creaste una Cosa Muerta.

Karl toma el tarro y lo examina.

—¿Eso hice? —pregunta, tecleando sobre el tarro de cristal. Millie asiente con la cabeza.

—Voy a hacerle un funeral a la mosca.

—

El primer funeral que organizó Millie fue para una araña que su padre había aplastado con el zapato. Su madre se había puesto a brincar sobre un pie y luego el otro diciendo: «Si no matas esa araña, Harry, te mato yo a ti». El padre de Millie se había levantado de su silla, se había quitado el zapato y había aplastado la araña contra la pared.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

La araña se deslizó por la pared y aterrizó en el suelo. El padre de Millie la agarró por una pata, la arrojó fuera de la casa, se sentó y siguió mirando la televisión. Le guiñó el ojo a Millie des-

de el otro lado de la habitación. Millie no quiso devolverle el guiño.

Vio que su padre miraba tres programas completos antes de abrir la boca.

—¿Podemos hacerle un funeral a la araña? —preguntó cuando aparecieron los créditos en la pantalla del televisor—. Como hicimos con Nan.

—Los funerales son para las personas, Mills —respondió su padre, pasando de un canal a otro—. Y quizá los perros.

—¿Y los caballos?

—Los caballos también —dijo su padre mientras un jugador de críquet trataba de venderle unas vitaminas.

—¿Y los gatos?

—Sí.

—¿Y las serpientes?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no. —En la pantalla apareció un coche que circulaba por una sinuosa y bonita ladera. Todos los miembros de la familia se miraban sonrientes. Todos tenían una dentadura deslumbrante.

—¿Y los árboles?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Y los ciempiés, los planetas y las neveras?

—¡Millie! —exclamó su padre—. Las personas. Quizá los animales grandes. Nada más.

—¿Por qué?

—Porque tenemos otras cosas que hacer —respondió él, mientras un hombre en la pantalla miraba a Millie a los ojos y le gritaba algo sobre teléfonos móviles.

Esa noche, Millie metió en su mochila todo lo que necesitaba, tomó su linterna de debajo de la cama y salió a hurtadillas por

la puerta principal. Encontró la araña sobre la hierba junto al camino de entrada a la casa y la recogió con ambas manos. Parecía distinta, más pequeña, ligera y reseca por el sol. La brisa nocturna soplaba sobre las manos de Millie y la araña le hacía cosquillas en las palmas.

De repente se levantó una fuerte ráfaga que le arrebató la araña de las manos. Millie corrió tras ella mientras la veía volar sobre su cabeza. Voló por el aire, recortándose contra las estrellas, pasó sobre la tapia del jardín, atravesó la carretera, voló calle abajo y se metió en un aparcamiento desierto. La luz de la luna iluminaba su silueta. La noche parecía cubierta de arañas iluminadas por el resplandor de la luna, a lo lejos, prendidas en el oscuro firmamento.

Luego, tan rápidamente como había empezado a soplar, el viento remitió y la araña cayó al suelo como una estrella fugaz.

En el centro del aparcamiento desierto había un árbol. Era el árbol más alto que Millie había visto jamás, más alto incluso que su padre. Guardó la araña de nuevo en su mochila y se encaramó a la copa del árbol. Sentía la luna tan cerca que casi podía hacerla girar en círculos. Se sentó a horcajadas sobre una rama, apoyó la espalda en el tronco y sacó de su mochila la araña, un viejo tarro de Vegemite, un cordel, una velita de té, cerillas y un trozo de cartón.

Millie miró la araña por última vez durante unos momentos antes de meterla dentro del tarro de Vegemite, sobre unos clínex. Encendió la velita y la metió también dentro, luego ató el cordel alrededor del tarro, hizo un nudo en un extremo y pasó el otro extremo por el orificio del letrero de cartón. Por último, ató el cordel a la rama del árbol. El tarro pendía de la rama como un farol, oscilando levemente cuando el árbol se movía. En el letrerito de cartón, Millie había escrito con su mejor caligrafía: ARAÑA ? – 2011.

Pasó los dedos sobre el guión que separaba el signo de interrogación y el año de la muerte de la araña. Varias veces. Era extraño, pensó, que esa línea —esa línea larga y recta— representara toda la vida de la araña.

karl, el mecanógrafo al tacto

esto es lo que sabe karl sobre los funerales

Karl nunca había hablado con Evie sobre su funeral. ¿Por qué iba a hacerlo? Le costaba pronunciar las palabras, que le pesaban en la boca como si fueran de plomo. Sólo quería que ella viviera mientras viviera él, eso era todo.

Así pues, fue su hijo quien se encargó de organizarlo, mientras Karl estaba ocupado tratando de recordar cómo levantarse de la cama, cepillarse los dientes, hacerse la raya en el pelo, masticar. El funeral había sido largo, lento, reiterativo. Antes de que comenzara la ceremonia, personas que él apenas conocía se le acercaron para abrazarlo. Karl procuró que sus mejillas no rozaran las de los otros. No le parecía correcto apoyar las palmas de las manos en la espalda de alguien que no era su esposa.

Se sentó en el primer banco, mirando el ataúd, sin apenas respirar. Se le antojaba extraño respirar cuando ella ya no podía hacerlo. En la tapa del ataúd estallaba una montaña de flores. Karl deseaba con todas sus fuerzas que el ataúd se abriera y Evie saltara de él: «¡Sorpresa!» Tendría que saltar muy alto para esquivar la montaña de flores.

—Si esto es una broma —murmuró—, no me enfadaré.

Recordaba haberse levantado durante uno de los elogios fúnebres, pronunciado por la única amiga de Evie de su antiguo